

# El ruido de las violencias: adolescencias y desamparos<sup>[1]</sup>

**Susana Brignoni**

Psicóloga clínica. Psicoanalista (AMP-ELP).

Directora de la Fundación Nou Barris para la Salud Mental en Barcelona (F9B)

**Recibido:** 09.03.2024 **Aceptado:** 01.04.2024

**DOI:** <https://doi.org/10.32093/ambits.vi60504944>

## Resumen

### El ruido de las violencias: adolescencias y desamparos

El trabajo trata sobre la articulación existente entre violencias y desamparos. Sitúa esta articulación en relación a los y las adolescentes. Busca desnaturalizar el concepto de violencia. Pone el énfasis en el desamparo subjetivo.

**Palabras clave:** Violencias, desamparos, adolescencias, desnaturalizar, respeto.

## Abstract

### The noise of violence: adolescence and helplessness

The work deals with the existing articulation between violence and helplessness. Place this articulation in relation to adolescents. It seeks to denature the concept of violence. It places emphasis on subjective helplessness.

**Key words:** Violence, helplessness, adolescence, denaturalization, respect

*“Para recordar cosas inmediatamente evidentes, la violencia es ciertamente lo esencial en la agresión, al menos en el plano humano. No es la palabra, incluso es exactamente lo contrario. Lo que puede producirse en una relación interhumana es o la violencia o la palabra...” (Lacan, 1999)*

Sabemos de los adolescentes porque, en general, lo que dicen de ellos viene acompañado de un ruido, que a veces, resulta atronador. Los diversos ámbitos educativos que ellos habitan son, frecuentemente, los que se convierten en cajas de resonancia de sus malestares. Ecos de un sufrimiento en el que ellos y ellas muchas veces no se pueden reconocer y que sin embargo tienen una fuerte incidencia en el otro de referencia sean sus padres, madres, tutores, profesores, educadores.

Es por ello que, en esos diversos ámbitos o discursos, sean los medios de comunicación, sean los ámbitos educativos antes mencionados, sea el discurso de la

población o del vecindario, en los ámbitos sociales y en los políticos se destaca hoy a la violencia como uno de los síntomas más relevantes de nuestra contemporaneidad. Ya de entrada, situamos, entonces, esa violencia como la expresión de un malestar no reconocido. Incluso aunque no se produzca está presente como una sombra, como una amenaza de posible realización en la vida cotidiana. Frecuentemente, se asocia la violencia con los adolescentes o jóvenes.

La palabra “violencia” está presente en las distintas formas del lazo social. Esto nos puede llevar a pensar que la “violencia” forma parte de un discurso que tiende a la naturalización de una realidad creada bajo los efectos de:

- identificaciones: “adolescentes violentos”
- significaciones del sentido común: “de una familia violenta sólo pueden esperarse hijos violentos”
- de goce: “la supuesta satisfacción que se encuentra en la violencia”. (Brignoni, Esebbag, Grisales, 2022)

Es necesario ir en contra de esta naturalización, que se sostiene de la repetición, y para ello conviene pluralizar el significante “violencia”. En lo social se trata más bien de las “violencias” tomadas como respuestas que los sujetos, en nuestro caso los y las adolescentes, inventan ante distintas situaciones de malestar. Son plurales y a su vez singulares.

Lacan (1999) enfatiza en la cita mencionada al inicio la distinción existente entre violencia y palabra. ¿Eso quiere decir que no es posible hacer un trabajo de elaboración sobre los fenómenos violentos? ¿Quiere decir que no se puede decir nada respecto a los mismos?

Miller (2017), a su vez, afirma que la violencia no es un síntoma en tanto no es el sustituto de una satisfacción pulsional, sino que es la pulsión misma. Es una afirmación que hay que poner a trabajar y sobre la que tenemos que interrogarnos ya que, si tomamos la violencia como una respuesta, puede ser que, a veces, esté articulada y otras no. La violencia puede aparecer como un fenómeno al que el sujeto no puede atribuirle una significación, pero otras veces es la posibilidad de iniciar una historia, una narración, que dé sentido a ese fenómeno enigmático.

Entonces la pregunta que nos surge de inmediato es si la violencia puede convertirse en un síntoma.

Es decir, ¿puede sintomatizarse la violencia, en el sentido de producir una interrogación en el sujeto que es objeto de ella: tanto si es el receptor de la violencia como si él mismo la ejerce sobre el otro? Ésta es una de las preguntas que me hago en el trabajo con adolescentes tutelados, cuya tutela deviene de los malos tratos padecidos. Es decir, una clínica en la que, de entrada, el sujeto de nuestra intervención ha sido violentado. Y también ¿hay una relación entre las experiencias vitales de privación, donde han primado los malos tratos en distintas edades y los fenómenos de violencia?

¿Las marcas familiares que se inscriben en los chicos con los que trabajamos a partir de los malos tratos, es decir a partir de un trato violento, se reproducen de manera

automática? ¿Las marcas del exceso del Otro sobre el cuerpo siempre aparecen como daño? Finalmente, ¿si un sujeto ha sido maltratado será un maltratador?

Adolescencias y cuerpos podemos tomarlos como analizadores del devenir social (Breton, 2011). El cuerpo es el centro real de la existencia y no es posible considerarlo desde una perspectiva objetivista. De hecho, el síntoma o las respuestas que se encarnan en el cuerpo podemos pensarlas como objetoras a la homogeneización.

“Lo que quema del cuerpo” (López, 2019) en las adolescencias, y que imprime un carácter de urgencia, es un mechero que toca directamente la posición del analista, del educador, del referente, ya que cada vez que nos encontramos con un adolescente en nuestra consulta, en el ámbito educativo o en otros espacios tenemos que revisar nuestra posición. El cuerpo es el lugar en el que el sujeto expone su conformidad y su disconformidad frente a los excesos, los abusos, los castigos y los cuidados que le vienen del otro. Entonces, esas preguntas surgidas de una clínica que podemos llamar “clínica del desamparo”, y que pueden parecernos obvias, hay que ponerlas a trabajar para desnaturalizar eso que nos parece dado.

## Violencias y desamparos

¿Qué es el desamparo y en qué medida toca el tema de las violencias? El desamparo o los distintos modos de desamparo nos conducen a una pregunta que es central en las adolescencias: ¿violentos o violentados?

Cuando pensamos en el desamparo en general aparece articulado a lo social. Sin embargo, más allá del desamparo social se produce algo que es del orden del desamparo subjetivo. Esta distinción entre desamparo social y subjetivo es esencial para el trabajo con adolescentes.

Al desamparo social se lo diagnostica con lo evidente: no hay visitas al médico, hay ausentismo escolar, hay señales en el cuerpo de malos tratos, se han perpetrado abusos sexuales. Para poder diagnosticarlo es fundamental la presencia de otro: la maestra o el profesor, el vecino que escucha los llantos, la hermana mayor que ha pasado por eso y no quiere que se repita en sus hermanos pequeños, etc. La denuncia, que en general no es inmediata, es la muestra de que el horror de lo que se presencia o se escucha ha alcanzado un límite y empuja a alguien a decir basta. Estamos, sin embargo, en el terreno de lo social donde las leyes, las normas, las instituciones pueden operar para poner a resguardo a un sujeto. El desamparo social es el nombre de la violencia que se ejerce sobre otro: tanto por intrusión u omisión, como por exceso o déficit. El desamparo subjetivo es otra cosa. Implica al menos dos cuestiones:

- Es una situación en la que los y las adolescentes no tienen los recursos para regularse solos.
- Por otro lado, se encuentran frente a estímulos interiores, los llamamos pulsión, frente a los que no tienen escapatoria.

Para resolver eso que les viene desde el cuerpo los adolescentes necesitan de otro que responda. Pero lo que descubrimos cada vez es que los adolescentes ya traen un modo de tratar lo que allí les sucede. Y eso es lo primero que tenemos que explorar como punto de partida a cualquier tratamiento posible. Algunas de las respuestas que los chicos pueden construir son del orden de la inhibición (por eso a veces los bloqueos en la escuela), del síntoma, de la angustia, de las identificaciones (por eso a veces nos parece que hacen lo mismo que les hicieron: pegan los que han sido pegados) y de la construcción de lo hostil (cuando por ejemplo encontramos que un chico que está muerto de miedo se defiende de él produciendo miedo en los demás). También la negación (cuando hacen uso de la verdad mentirosa), la idealización (que siempre recordamos que tiene una función de soporte fundamental en esas edades) y ciertos niveles de desobediencia pueden ser considerados como modos de tratar sintomáticamente lo que les sucede y por ello son factores de autoprotección. Por ejemplo, a veces podemos comprobar que un chico que produce un “mal olor” (un síntoma de encopresis) puede ser su modo inconsciente de mantener a la distancia al otro por el que se siente amenazado. Lo primero que hacemos con ese modo de autoprotección es respetarlo y luego intentamos explorar con él o ella si puede encontrar otras maneras de protegerse. Para ese trabajo se necesita tiempo.

En todo caso lo que constatamos es que (Cirulnik, 2010) “una vez que uno ha aprendido a defenderse, a sobrevivir, sigue haciendo lo mismo cuando ya no existe razón para ello, cuando eso ya no tiene sentido”. Es por eso que desamparos y violencias están articulados, aunque a veces no pueda observarse una relación temporal.

## Ruidos y silencios

La violencia tiene un lado de ruido y un lado de silencio. El ruido es el que provocan los otros del adolescente, su entorno. Lo que horroriza al adulto de lo que le parece “sin sentido”. La escena violenta en la que participa un adolescente convoca la mirada de los otros, una mirada que no pueden sustraer, que deja al que mira por un lado sin ninguna explicación, pero a su vez fascinado. Ante esta falta de explicación, suele producirse la asignación “temprana” (Miller, 2017) del lugar del “violento”. Eso, a veces, deja a los chicos fijados en una posición de la que difícilmente pueden alejarse. Esta fijación es un riesgo en las adolescencias, del que tenemos que estar advertidos.

Los silencios están del lado del sujeto, que muy frecuentemente, se presenta en los distintos ámbitos que habita no siendo consciente de la actuación violenta o minimizando los efectos de su expresión. A veces les parece que el acto violento es legítimo cuando tienen la impresión de haber sido violentados primero. Otras veces es algo de lo que al sujeto no le interesa hablar. Escucha al adulto que habla de ella sin verse demasiado preocupado por la misma, y mira hacia otro lado. Las acciones violentas quedan fuera del circuito de la palabra, pero a veces, aunque el sujeto no lo

sepa o incluso en un primer momento se resista, son aquellas que pueden llevarlo a un dispositivo clínico en el que de lo que se trata es de hablar. Mi impresión es que para que ese hablar suceda, aquél que acoge al adolescente tiene que mostrarse bastante poco interesado por esas acciones y el ruido que conllevan. Es decir, no convertirse en el “guardián de la realidad social”(Miller, 2017). También es importante evitar la nominación de “violento” que difícilmente dejará al sujeto una salida. Hay que abrir otras vías de conversación que interesen al sujeto de la violencia.

## Pubertad y adolescencias

Alexandre Stevens (1998) nos da una definición: “La adolescencia es esa variedad de respuestas posibles frente al surgimiento de un real propio de la pubertad.”

Al tratarse de respuestas tenemos que pluralizar el término y por eso hablamos de las adolescencias.

Pero ¿qué es lo que se pone en movimiento en la pubertad y que fuerza al sujeto a inventar respuestas?

Al menos cuatro cuestiones se movilizan:

1. *El lugar*: en tanto las chicas y los chicos se preguntan por el lugar que tienen en el Otro (tanto si está, como si falta), y también se preguntan por el punto desde donde son mirados. Buscan ese lugar que sitúan en la mirada del Otro con la intención de que les permita construir un ideal que no depende ya del adulto de referencia.
2. *El tiempo*: en tanto el tiempo empieza a correr y eso convive con una posición adolescente de intentar vivir en un eterno presente, realizando diversas maniobras evitativas ya que el tiempo implica la muerte y la sexualidad como irrepresentables.
3. *El cuerpo*: en su vertiente de goce, es decir un cuerpo que se fragmenta y tiene que volver a organizarse. Por eso hablamos de duelo, dado que hay que poder salir de la infancia y para ello se trata de perder el cuerpo infantil.
4. *El lazo social*: en tanto nos hacen preguntarnos por la naturaleza del mismo en una época que Miller (2003) caracteriza como la época de los circuitos de la pulsión: ésta viene y va. Ya no es la transgresión. Transgredir es un modo de goce que se sostiene de la barrera simbólica de la ley. Otra cosa es el empuje constante de la pulsión, el apremio. Por eso lo que está en juego es la repetición en tanto repetición de goce: eso es lo que hace que sintamos que nada se inscribe y que el castigo no es un medio de interrupción del goce. Más que transgredir hay un circuito marcado por la huida hacia adelante: tal vez por eso las fugas sean uno de los síntomas más presentes en las adolescencias. Se repite para obtener nuevamente un goce y lo que se hace verdaderamente difícil

para los que trabajan con adolescentes es encontrar el modo de introducir un corte. El circuito de la repetición incluye al cuerpo o más bien se hace sobre él.

Estas cuatro cuestiones nos permiten hacer una afirmación y es que la pubertad es un proceso de la biología, un real que se presenta en el cuerpo al modo de un corte, que podemos pensar como generalizable y en cambio las adolescencias son el intervalo “indefinido previamente” que ese corte introduce.

## ¿De qué hablamos cuando hablamos de violencias?

Las violencias suelen presentarse como algo ajeno a lo “civilizado”, como si fueran inhumanas. A veces, también, se las tapa, se las niega o se las silencia.

Pero, ¿podemos pensar el fenómeno o los fenómenos de violencia como ajenos o por fuera de la civilización?, o incluso ¿podemos pensarlas como un fenómeno inhumano?

Las violencias aparecen como uno de los grandes tabúes de nuestra sociedad. Es un tabú cuyo reverso, como señala Fernández Villanueva (1998), es la “obsesión por la pacificación”.

Sin embargo, eso que nos impacta como nuevo, en realidad no lo es. La cuestión de las violencias está presente como tema y preocupación desde siempre (Ons, 2008).

Tomemos como ejemplo a Hobbes, que en 1651 (Brignoni, Esebbag, Grisales, 2022) ya destacaba que el hombre era un lobo para el hombre dando a entender la presencia de un impulso a la destructividad inherente a cada ser humano. Tiempo después el “contrato social” aparece como un modo de tratamiento a esa impulsividad. El contrato implica un modo de hacer pasar por la letra aquello que se presenta fuera de la palabra. El contrato es, entonces, un modo de tratamiento que retoma lo planteado por Lacan (1999) en la cita que inaugura este trabajo: las violencias son contrarias a la estructura articulada de la palabra. Pero el contrato, descuida a su vez, que las manifestaciones subjetivas de la agresividad no pueden ser tratadas de modo completo por la palabra. Hay un componente inherente a los seres humanos que no se deja atrapar por las palabras. Eso es algo que cuando trabajamos con adolescentes podemos observar a diario: cuando los invitamos a reflexionar sobre su conducta violenta pueden aceptar esa invitación, incluso reconocer lo que se les plantea, pero a pesar de eso seguir en un circuito en el que sus conductas se repitan. A veces pueden llegar a hacer un vínculo entre sus conductas violentas y un afecto que los violenta desde dentro, y eso ya es un avance. Otras veces, el sentimiento de injusticia que se comete sobre ellos, al castigarlos por un acto que consideran legítimo, les dificulta cualquier articulación.

## Afectados por la rabia

¿Qué es lo que uno hace cuando habla y qué es lo que uno dice cuando actúa? Hacernos esta pregunta es esencial cuando uno trabaja con adolescentes, dado que en ellos a veces hay una cierta disociación entre hacer y decir, entre actuar y saber. Por eso es necesario hacernos preguntas que permitan introducir cualquier comportamiento en la estructura de la palabra y del lenguaje. Palabra y lenguaje son uno de los instrumentos que vamos a utilizar para intentar que el sujeto, sea de la edad que sea, no quede atrapado en una dimensión de los afectos que pueden devorar su ser, anularlo. Buscamos instrumentos que hagan que ese comportamiento que parece desarticulado se encadene a alguna otra cosa, que no sea de su misma materia. Acogemos sus comportamientos violentos y buscamos que puedan contar y contarse una historia sobre ellos (Dupont, 2017). Partimos de la idea de que las pasiones no expresan necesariamente un error de juicio sino más bien muestran a cielo abierto la relación que hay entre las palabras no dichas y el cuerpo. Muchos adolescentes hablan de rabia. Hablan de una rabia que los toma, que los sacude y que atraviesa sus cuerpos. Nos preguntamos, entonces, si ¿podemos elegir sentir o no sentir rabia? ¿Cómo pensar ese afecto por fuera del cuerpo que lo habita? ¿Cómo pensar un afecto que, a veces, hace lazo con los otros y que se convierte en un síntoma social? Partimos de la idea de que esa rabia se expresa, a veces, mediante comportamientos violentos y el problema que estos presentan es que además de destruir aquello que atacan, puedan devorar al ser que los ejecuta.

Creo que no se puede elegir sentir o no sentir rabia, enfado, ira, al menos la primera vez. La rabia nos toma: toma el cuerpo y los sentidos y nos empuja a actuar. Este empuje suele articular el malestar de los jóvenes o adolescentes con aquellas cuestiones que en lo social abren una vía para canalizar su protesta. La protesta puede tener diversas causas. Una de ellas es la dificultad que los jóvenes y los adolescentes tienen hoy de representarse en el futuro. La otra es esa sensación, que muchos manifiestan, de quedar fijados en una posición, una especie de “sin salida”. De alguna manera sus afectos se han quedado sin hospedaje en las instituciones, sin su amparo.

Cristina Corea (2010) se pregunta si algunas prácticas de los jóvenes y de los adolescentes responden a la dificultad de las instituciones para ofrecer “lugares de enunciación” o a la pérdida de las mismas de su capacidad de instituir. Algunos de ellos, nos dice, no se constituyen tomando como marco la institución, sino en experiencias. Las violencias, sin duda, son experiencias que incluyen al Otro al que se dirigen. Esto no es nuevo y nos muestra a adolescentes que son “obedientes”, de manera paradójica, al lugar que el otro les da, aunque los convoque al peor lugar. Es por eso que cuando pensamos en la posibilidad de un cambio de lugar, eso tiene como condición la oferta del otro: el lugar desde donde los adultos miran a los adolescentes es fundamental.

No podemos hablar de violencias sin pensar desde qué discursos o prácticas un adolescente puede haber sido violentado previamente.

Daniel Roy (2017) dice que hay algo que ya no funciona como antes a nivel del discurso, es decir al nivel de lo que hace lazo social entre las personas y eso tiene implicaciones tanto en el cuerpo como en las mentalidades. Es ese cambio en los modos de configuración del lazo el que incide en las modalidades de conductas y de respuestas que se nos presentan.

Las violencias aparecen como respuestas paradójales. El sujeto ataca en el lugar donde él mismo se siente atacado. Pero esta última condición, el sentirse atacado, queda frecuentemente escindida de su consciencia. Él “no sabe nada de eso”, en algunos casos; en otros no se siente preocupado por lo que pasó, o responsabiliza al otro “que lo provocó”. También a veces encontramos la minimización de la actuación violenta: se manifiesta mediante la sorpresa del sujeto a lo que supone una sanción desmedida por parte del adulto. Josep es un adolescente tutelado desde pequeño. La tutela se debe a las situaciones de extrema violencia vividas en su hogar. Esto lo sabemos por la información que los educadores que lo acompañan dan sobre él. Josep, sin embargo, habla más bien poco de eso y sobre todo no expresa ningún tipo de miedo. Su posición frente a los otros, tanto adultos como semejantes, es más bien amenazante. Es él el que está en posición de dar miedo. En una de sus sesiones, explica que le han puesto una denuncia en el CRAE[2] debido a que amenazó a otro chico con un utensilio de cocina no muy afilado y por arrebatarle algo que creía que le correspondía. Me interroga acerca de si yo misma me asustaría por ese proceder, no pudiendo entender el alcance de su actuación.

Hay en él una sorpresa real, genuina, una dimensión enigmática producto del cortocircuito existente entre el acto y su significación.

Creo que es necesario intentar que el sujeto habitado por la violencia pueda reconducir la escena actual en la que ésta se produce, a esa “otra escena” en la que él mismo fue violentado. En el caso de Josep esa situación de “violencia” en la que no se siente preocupado le permite asociar con algo que lo interroga sin saberlo. Acoge, en ese tiempo, una oferta de formación que le hacen en el CRAE y constata que será el único miembro de su familia que posiblemente forme parte del mercado de trabajo. Esa posibilidad de diferenciarse lo inquieta constantemente. Por ende, encontrar los resortes de lo que quedó fijado como un impulso, sin palabras, puede ayudar a tratarlo e incluso a desactivarlo. Ese es el trabajo al que invito a Josep y al que cede poco a poco.

Las violencias pueden ser un medio en la búsqueda de un fin. Sin embargo, cuando hablamos hoy de violencias desencadenadas nos aparecen las violencias como un fin en sí mismo. Aparecen en su dimensión de sin sentido. Es cuando las violencias actualizan sin parar la marca que estuvo en el inicio y que lleva al sujeto una y otra vez a una repetición sin freno.

Desde el psicoanálisis podemos afirmar que las violencias son connaturales al vínculo, por ejemplo, cuando hablamos de la tensión agresiva (Lacan, 1989) con el semejante. Es una tensión que no necesariamente va a desencadenarse. Puede quedar en el pensamiento. Esto es algo que encontramos en algunos adolescentes: piensan sin



interrupción en escenas violentas en las que ellos o ellas son sujeto u objeto de la misma. En cierta medida, hay un recrearse en un pensamiento o fantasía que no tiene por qué realizarse.

## Violencias humanas

Es decir que, de entrada, al contrario que en el discurso común que piensa la violencia frecuentemente como inhumana, desde el psicoanálisis podemos pensar las distintas declinaciones de las violencias como lo más propiamente humano.

Entonces, ¿Es la violencia una reacción natural? ¿Es irracional? Hannah Arendt (1970) opina lo contrario: estudiando situaciones extremas como la experiencia de los campos de concentración dice que el hombre en situaciones de deshumanización pierde la furia y la violencia: se vuelve sumiso.

Furia y violencia surgen cuando se sospecha que algo aún puede cambiar; cuando se ofende el sentido de la justicia. Es decir que, en cierta medida, nos señalan un horizonte donde el sujeto aún espera algo, aunque nos resulte difícil entender el modo en que muestra su esperanza.

Esto es algo que aparece frecuentemente en los adolescentes con los que trabajamos: tienen un alto sentido de la justicia y están muy pendientes del otro que les hace de referente. Observan y juzgan sus modos de intervenir y no admiten lo que consideran como falso. Los adolescentes tienen una demanda fundamental que dirigen al otro como pueden. Se trata de la demanda de respeto. Lacadée (2010) dice que esta es la demanda por excelencia de los jóvenes y los adolescentes en la actualidad. Se trata de una demanda paradójica: son, frecuentemente, irrespetuosos y sin embargo exigen respeto. ¿Hay que recoger esta demanda? Creo que, aunque resulte contradictoria, se trata de ser dócil frente a ella. La sensación de falta de respeto aparece como dice Sennett (2003) cuando la gente siente que no es vista, que no es tenida en cuenta. De alguna manera establece una condición: el “no ser visto”. En la adolescencia esa condición empuja a la segregación y, a veces, para evitar esa segregación los chicos hacen mucho ruido. Respetar quiere decir incluir. Y para ello los referentes que rodean a los adolescentes han de hacer actos que impliquen un reconocimiento.

Creo que es importante saber que lo contrario a la respuesta furiosa y violenta, nos señala Arendt (1970), no es lo racional sino la incapacidad de dejarse conmovir aplicando normas caprichosas. Lo “irracional” en la violencia es cuando se vuelve sobre sustitutos que no la han causado. Pero eso, al contrario de lo que algunos discursos pueden sostener, no la convierte en una violencia sin causa o inmotivada.

Indagar acerca de esas causas puede ponernos, a veces, en situaciones incómodas, ya que encontrar las respuestas no es fácil ni unidireccional. Sin embargo, creo que cierta incomodidad denota la buena posición frente a los adolescentes. Seguramente, cuando nos sentimos demasiado cómodos no estamos situándonos en el buen lugar.

Trabajar con adolescentes implica siempre poner en juego la dimensión del cuerpo. Muchas veces se omite pensar que lo que “hace cuerpo”, en un discurso y en una práctica, es lo que no está fijado, es lo que muta y es singular. Incluir el cuerpo implica “dejarse incomodar” (Lacadée, 2010) y estar dispuestos a dejar caer las significaciones rutinarias con las que clasificamos a los adolescentes. Es tomar, finalmente, lo que ellos nos enseñan del lado de la enseñanza. Aceptar su desafío. No hay que olvidar que los y las adolescentes “hacen uso” de los ámbitos educativos: suelen ser los escenarios propicios para presentar su malestar. Ese “uso” los lleva a inscribirse en ellos, o a situarse en sus bordes o, finalmente, ponerse fuera de ellos. Que elijan una opción u otra frecuentemente, aunque no sólo, depende de la respuesta del otro de referencia. Esperan algo de él, que puede ser del orden de hacer una lectura de lo que nos muestran que sea fuera del sentido común. Nos convocan, entonces, a que aprendamos a leer. Eso sitúa el desafío en el trabajo con ellos en términos epistemológicos.

## Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (1970) *Sobre la violencia*, México: Cuadernos de Joaquín Mortiz.
- Brignoni, S., Esebbag, G. y Grisales, A. (2022). *Violencias y Desamparos. Una práctica colaborativa entre salud mental y educación*. Ned Ediciones, Barcelona.
- Cirulnik, B. (2010). *Me acuerdo: el exilio de la infancia*. España: Editorial Gedisa.
- Corea, C. (2010). Marcas y cicatrices. Sobre las operaciones de los chicos en el desfundamiento” en *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*, Buenos Aires: Paidós.
- Dupont, L. (2017). *A history of violence*, en <https://www.youtube.com/watch?v=ol5SsyiQKiJY>
- Fernández Villanueva, C. (1998). *Jóvenes violentos. Causas psicosociológicas de la violencia en grupo*. Barcelona: Ed. Icaria.
- Lacan, J. (1989). “La agresividad en psicoanálisis” en *Escritos I*, México
- Lacan, J. (1999). *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Argentina. Ed. Paidós.
- Lacadée, P. (2010) *El despertar y el exilio. Enseñanzas psicoanalíticas sobre la adolescencia*. Madrid: Gredos.
- Le Breton, D. (2011). *Adiós al cuerpo. Una teoría del cuerpo en el extremo contemporáneo*. México: Editorial La cifra.
- López, G. (2019). *Adoles(seres). La orientación a lo real en la clínica psicoanalítica con adolescentes*. Argentina: Ed. Grama.
- Miller, J.-A. (2003). “Paradigmas del goce” en *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*, Paidós ed., Argentina.
- Miller, J.A. (2017). Niños violentos, en *Carretel Nº14, Revista de las Diagonales Hispanohablante y Americana*. Nueva Red Cereda, Bilbao.

- Ons, S. (2008). “La violencia contemporánea. Notas sobre la paranoia social”, *Virtualia* Nº 18. <http://www.revistavirtualia.com/ediciones/18>
- Roy, D. (2017). “El mal de la juventud”, en *Rev. Carretel Nº14*, Bilbao.
- Sennett, R. (2003). *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona: Anagrama.
- Stevens, A. (1998). L’adolescence, symptôme de la puberté. En *Feuillets du Cortil Nº15*. Champ Freudien en Belgique.

**Notas:**

[1] Brignoni, S., Esebbag, G. y Grisales, A. (2022). *Violencias y Desamparos. Una práctica colaborativa entre salud mental y educación*. Ned Ediciones, Barcelona. En este libro se reflejan los resultados del trabajo de investigación realizado en el Servicio de Atención a Niños y Adolescentes tutelados por el Sistema de Protección (SAR). El SAR pertenece a la Fundación Nou Barris para la Salud Mental (F9B). La F9B es un Centro de Atención en Salud Mental Infanto Juvenil en Barcelona y forma parte de la Red Pública de Catalunya. [www.fundaciof9b.org](http://www.fundaciof9b.org)

[2] Con el acrónimo CRAE se designan los Centres Residencials d’Acció Educativa. En Catalunya, los CRAE “son instituciones para la guarda y educación de niños y adolescentes (de 0 a 18 años) a quienes se les aplica la medida de acogida simple en institución, de acuerdo con la medida que conste en el informe previo de los equipos técnicos competentes. Su objetivo es dar respuesta a situaciones y necesidades educativas y asistenciales que requieren una especialización técnica en su guarda y educación alternativa a su familia de origen.”

[https://dretssocials.gencat.cat/ca/ambits\\_tematicas/infancia\\_i\\_adolescencia/centres-dgaia/crae/index.html](https://dretssocials.gencat.cat/ca/ambits_tematicas/infancia_i_adolescencia/centres-dgaia/crae/index.html)

**Correspondencia con la autora:** *Susana Brignoni*. E-mail: [susanabrignoni@copc.cat](mailto:susanabrignoni@copc.cat)